

Jeff Morgan, *American Comic Poetry, History, Techniques and Modern Masters*, Foreword by Michael Hettich, Jefferson, North Carolina, McFarland & Company, 2015, 187 pp.

Docente del departamento de lengua inglesa en Lynn University, institución universitaria radicada en la ciudad de Boca Raton, en La Florida, Jeff Morgan ofrece en su monografía *American Comic Poetry* un estudio pionero sobre los tres más importantes autores de poesía irónica de las letras estadounidenses contemporáneas. He aquí sus nombres: Billy Collins, Thomas Lux y Tony Hoagland. Sus respectivas obras son de muy alto interés literario, pese a lo cual a ninguno de ellos se había prestado la merecida atención crítica hasta que mediante el libro que reseñamos se trató de reparar en lo posible esa notable carencia, que alcanza también al estudio de la poesía “cómica” en su conjunto.

Morgan subtitula su trabajo *History, Techniques and Modern Masters* para especificar su contenido principal. Y es que, como justifica este investigador, para entender bien la obra de los tres poetas antecitados, primero ha de procederse al estudio de la tradición literaria que en los Estados Unidos les precede, y desde la más lejana a la más próxima. Al estudiarla, se advierten los procedimientos que en los siglos XIX y XX se han ido utilizando en la práctica de la “Comic Poetry”. Después ha de analizarse cómo los asumen y cómo los enriquecen Billy Collins, Thomas Lux y Tony Hoagland. Por último han de ser bien contrastadas las propuestas irónicas de cada uno para mostrar los rasgos originales que les distinguen entre sí.

De acuerdo con el plan de su pesquisa, y tras una breve introducción acerca del planteamiento de la misma y de la metodología empleada, Morgan distribuye en cinco capítulos su investigación. En el primero se remonta a los comienzos de la literatura cómica estadounidense, aun en período colonial. A continuación revisa escritores de un temprano período postcolonial, señalando el florecimiento de voces cómicas a partir de 1850. Y concluye el recorrido a fines del siglo pasado. En el segundo estudia autores muy cercanos en el tiempo a la tríada que constituye el objeto nuclear de *American Comic Poetry*, y para la que reserva un capítulo a cada uno de sus integrantes: el tercero a Billy Collins, el cuarto a Thomas Lux y el que hace quinto, precediendo a las conclusiones, a Tony Hoagland.

No es un libro voluminoso *American Comic Poetry*, pero sus páginas son muy densas de contenido. Los análisis de Morgan resultan siempre precisos y reveladores. Y nunca abruma al lector copiando trozos ilustrativos extensos de los poetas que estudia. Antes bien, elige momentos clave y los aduce con parquedad. Por lo que hace a su enfoque heurístico, se acerca a los escritores desde un prisma explícito, el de las teorías acerca de la comicidad y la risa formuladas por diferentes filósofos y ensayistas, entre ellos Bergson y Freud. Este valioso proceder no es habitual, y habría de serlo, entre

aquellos estudiosos que osan estudiar textos literarios atravesados por el vector cómico sin otro bagaje que el de encomendarse a su mera lectura, en la creencia errónea de que basta con ella y con suplementos eruditos, pero sin percatarse de que habrían de haber leído y metabolizado antes las diferentes posiciones teóricas acerca de lo cómico, de cómo y por qué se produce, así como de sus posibles funciones.

Digno de nota es también la actitud adoptada por el autor de *American Comic Poetry* en sus atinados comentarios, porque se muestra tan solvente como desenfadado. Y es que el mérito y el valor científicos de los aportes académicos no son incompatibles con el desenfado y soltura a veces irónica con que puedan expresarse, y mucho menos cuando de los autores estudiados se trata. Al fin y al cabo, el tipo de poesía que se estudia ha de analizarse con distancia crítica, es verdad, pero asimismo con empatía.

Esta empatía le ha conducido a Jeff Morgan a varias intromisiones autoriales anecdóticas que alivian la densa severidad de su texto analíticos, y a familiaridades con sus lectores, a quienes puede dirigirse, por ejemplo, como “my friends” o darles referencias contextuales, si hace al caso, en las que menciona el establecimiento de la cadena de supermercados Publix más cercano a su casa. El resultado es una monografía universitaria en la que su autor no se retrae en el uso de las tres personas del discurso: con la tercera se refiere a los poetas que estudia, con la primera introduce autorreferencias personales, y con la segunda propone un diálogo con los lectores.

¿Qué elementos básicos ha encontrado Jeff Morgan como más indispensables para la poesía cómica? A la cabeza de ellos hay que situar el de la incongruencia. Podemos enunciarla de este modo: el poeta nos abre una expectativa, y si esa expectativa no se cumple, entonces me río. Lo inesperado se convierte, por lo tanto, en factor clave para desencadenar la comicidad, sobre todo si lo que se espera dista mucho de lo anunciado. Lo sabemos bien en la frase española “El parto de los montes”, parto que al cabo no fue sino el de un ratón. Lo fantaseado era lo que se anunciaba, pero la realidad dio al traste con la ensoñación. Y el factor sorpresa suele ir de la mano, como inseparable compañero de viaje, con los castillos en el aire en su caída. La sorpresa puede tardar más o menos en hacerse presente a los lectores. Al respecto, los poemas de Dorothy Parker hacen que no esperen mucho, porque suelen ser cortos.

Otros elementos son asimismo de empleo potencial en la poesía cómica. La ironía y sus muy variadas formulaciones es el más sutil y frecuente, y al que más han acudido tantos predecesores de Billy Collins, Thomas Lux y Tony Hoaglan, comenzando por el más lejano de ellos, Benjamin Franklin. Andando los tres por el camino de la ironía, se distinguen porque a lo largo del mismo han tomado distintas direcciones. De tinte más bien horaciano la ironización en el primero, hace pensar en Juvenal la del segundo, porque a través de ella se apela a la acción. El ironizar de Hoaglan a menudo germina en la liberación de tabúes, deconstruyendo algunos que tienen que ver con determinados planteamientos políticamente correctos en materia de diversidad cultural.

Pero tampoco deben olvidarse ni la estratagema de recurrir a un hablante ineducado y con habla incorrecta, ni la férula satírica degradante ni las personificaciones

animalísticas, ni las alabanzas irónicas, a veces lindando con las que en las letras clásicas occidentales se conocen como *paradoxa encomia* o elogios paradójales. Todos estos instrumentos han fructificado en las letras estadounidenses y con anterioridad en muchas literaturas, y desde luego en las hispánicas.

Jeff Morgan ha expuesto con buen tino cómo se plasma la utilización cómica del hablante patanesco ineducado en la obra de Mark Twain, al que califica como el Lincoln de la literatura en USA. Y no era fácil aportar lecturas nuevas al respecto, porque ese escritor sí contaba con una extensa bibliografía de análisis críticos, a diferencia de tantos como han explorado la vena cómica. Las páginas que dedica al magisterio irónico de Dorothy Parker, escritora que en cierto modo nos hace pensar en la Española Gloria Fuertes, resultan igualmente muy logradas.

También lo son aquellas en las que se concentra Morgan en la literatura de Ogden Nash, al cual considera uno de los cómicos más representativos a lo largo de la historia de la poesía irónica estadounidense. Y hemos de subrayar la brillantez del capítulo segundo, donde se estudian con detenimiento el talento irónico de Denise Duhamel, en el que destacan sus ironías sobre el dinero, y asimismo el del poeta de la “Ode to Bureacrats”, Campbell McGrath’s.

Finalmente advertiré, adhiriéndome al parecer de Jeff Morgan, que esta poesía no es que pretenda ser divertida sin más, sino que estamos ante una poesía “seriamente” divertida, y en la cual el factor lúdico está al servicio de la potenciación del mensaje que ha de ser reflexionado en virtud de su hondura.

José María Balcells

